

NOTAS CRITICAS

Una Biblia de Juan Antonio **Fernández**

El canónigo lectoral de Zaragoza publica un trabajo (1) sobre un códice, *Biblia sacra*, que figuró en la Exposición Bíblica Española, celebrada en Zaragoza con motivo del XIX Centenario de la Virgen del Pilar. En el artículo del señor Ayuso se describe el códice y se hace un estudio de la paleografía y del valor crítico del texto. El autor llama a este códice "La Biblia de Calatayud" por encontrarse en la ciudad del Jalón, en la biblioteca que perteneció a don Vicente de la Fuente, rector que fué de la Universidad Central, hoy propiedad de su sobrino del mismo nombre y apellido, el arcipreste de La Seo de Zaragoza, que heredó la biblioteca de su tío con la condición de que había de radicar siempre en Calatayud.

Lo que nos interesa a nosotros es como llegó a poder de don Vicente de la Fuente el mencionado códice. Perteneció éste al ilustre historiador Juan Antonio Fernández, que lo había comprado a Diego de Bara, librero de Zaragoza, y a la muerte de aquél fué adquirido, juntamente con algunos manuscritos de los que era autor el *anticuario* tudelano, por don Gregorio Medina, a la sazón rector del Seminario de Tudela, en 1853. El deán de la Catedral de Tudela, don Juan Sordnil, autor de "Apuntes descriptivos e históricos de Tudela", folleto escrito con más entusiasmo que acierto, lo remitió, de orden del señor Medina, a don Vicente de la Fuente, según rezan unas líneas de dedicatoria escritas en la guarda tercera del códice por el propio señor Sordnil. Conociendo las aspiraciones del deán tudelano sospecho que sería éste quien forzaría la voluntad de don Gregorio Medina, tan amante de los buenos libros, para desprenderse de códice tan interesante, que de no haber sido por las frecuentes y excesivas atenciones de Sordnil continuaría en la biblioteca del Seminario de Tudela al lado de los manuscritos originales de Fernández.

Pregunta el señor Ayuso quien sería este Juan Antonio Fernández de cuya biblioteca pasó el códice a la del Seminario tudelano y de la de éste a la de don Vicente de la Fuente. En el tomo L de la *España Sagrada*, escrito por el docto catedrático de la Universidad Central, último poseedor del códice, encontrará una breve noticia de aquel infatigable trabajador que con tan gran vocación y acierto cultivó los estudios históricos, de cuyos trabajos tanto se nutrió don Vicente de la Fuente al escribir la historia de la Iglesia tudelana, pero si desea noticias más amplias podrá encontrarlas en un modesto artículo publicado por mí en el segundo número de esta revista, en el que, por cierto, se da noticia de dos Biblias Sacras en vitela que conservaba en su biblioteca Fernández, una de ellas, a no dudar, la que tan acertadamente es estudiada por el señor Ayuso.

J. R. C.

(1) Ayuso Marazuela (Teófilo).—La *Biblia de Calatayud*. Un notable códice desconocido. Revista *Universidad*, año XVIII, número 4.

La primera novia de Felipe II

En la reciente y magnífica obra del admirable hispanista Ludwig Pfandl "Felipe II" (1) hay una interesante alusión a la historia de Navarra. En el Capítulo IV titulado "Muerte de la madre. Plan prematuro de matrimonio", refiere Pfandl que cuando nació, en 1528, Juana de Albret, sus padres Enrique y Margarita (ésta hermana de Francisco I) tuvieron como designio de la Providencia el hecho de que un año antes naciera Felipe, el hijo del Emperador Carlos V, como si quisiera destinarlos el uno para la otra, es decir, el heredero del Imperio español para la que consideraban heredera del Reino de Navarra. Lo cierto es que en 1537, los padres de Juana, sin que lo supiese Francisco I, se dirigen a Carlos V con la proposición de la boda. No la rechazó el Emperador, más tratándose todavía de unos niños de 10 años, estimó que el proyecto debiera reservarse en la intimidad para ejecutarlo a su tiempo.

Francisco I, bien provisto de espías, se enteró de lo tratado y como todos los medios eran lícitos, con tal de que fuesen eficaces, para desbaratar este proyecto no ideó mejor plan que el de descalificar a su cuñado Enrique, ante Carlos V. No se concibe que quien está en proyectos matrimoniales, bien aceptados por Carlos V, le declare a éste la guerra inesperadamente: pasaría por traidor y pérfido. Pues a eso le obliga Francisco I a Enrique de Albret, equipándole un ejército de 17.000 hombres, con la necesaria artillería, dispuesto a ponerse en marcha. Francisco I opina que Enrique de Albret debe recuperar por las armas la herencia de Navarra. "Juan y Margarita —escribe Pfandl— sorprendidos tan de repente, quedan un instante perplejos; luego vienen las disensiones y desorientación y el final es que no ocurre nada de nada: enmudecen las pláticas matrimoniales y la bélica expedición se queda en lo que era: un gesto estrepitoso. Francisco I ha conseguido su propósito" (pág. 60-61).—*E. E.*

Obras completas de Menéndez- Pelayo

Durante este trimestre, han aparecido los tomos I, II y III de "Estudios y discursos de crítica histórica y literaria" de Marcelino Menéndez Pelayo y que hacen los volúmenes VI, VII y VIII de la Edición Nacional de las obras completas del gran polígrafo y maestro, que edita el "Consejo Superior de Investigaciones científicas". Los volúmenes anteriormente publicados, hasta el número V, corresponden a la "Historia de las ideas estéticas en España". La edición nacional de las obras completas la dirigen don Miguel Artigas, Director de la Biblioteca Nacional y don Enrique Sánchez Reyes, Director de la Biblioteca Menéndez Pelayo. La edición de las obras completas comprende 10 Secciones: literaria, histórico-filosófica, de estudios clásicos, bibliográfica, poesía, varia, traducciones, epistolario, biográfica e índices. "Dentro de la anterior clasificación —se dice en la Advertencia preliminar del tomo I de los Estudios— quedan incluidas las publi-

(1) "Felipe II: bosquejo de una vida y de una época". Cultura Española. Madrid. 1942. 623 páginas, 25 pesetas.

caciones todas de Menéndez Pelayo". Se dice también en la mencionada Advertencia que en la edición de las obras completas estarán "reunidos y metódicamente clasificados todos los escritos de Menéndez Pelayo". Las notas que acompañan a los trabajos son "parcas y las menos posible" pues "se limitan a ambientar los escritos, a dar cuenta de la época, del momento y del motivo por el que se compusieron". Saludamos con júbilo la aparición de estos tres volúmenes a los que seguirán en buen ritmo los restantes de las obras completas, cuya publicación, como dijo el Excmo. Ministro de Educación Nacional Sr. Ibáñez Martín en el Prólogo al tomo I. "recoge el anhelo de todos los pueblos de habla española y pone los... sillares del monumento más digno que a la memoria del Genio animador de nuestras dormidas energías puede elevarse".—E. E.

Iñigo López de Loyola, en Pamplona

Todo el capítulo III de la interesante y documentadísima obra del P. Leturia, S. J. (1) "El Gentilhombre Iñigo López de Loyola", está dedicado a la estancia del futuro Fundador de la Compañía de Jesús, en Pamplona. Iñigo llega a Pamplona el año 1517 para ponerse a las órdenes del Virrey, el Duque de Nájera. Y éste es nombrado para ese cargo porque es el que mejor encarna la política que tiene Cisneros sobre Navarra, punto neurálgico en la política europea, en aquel entonces. El Duque de Nájera, Antonio Manrique de Lara, sobre poder disponer de mucha gente armada en sus estados, vía de Navarra a Burgos, era amigo de los Beamonteses y pariente de gente guipuzcoana. Iñigo era también pariente del Duque, guipuzcoano, oñacino y beamontés. Estaban, pues, justificadas su venida a Pamplona y su cargo de Gentilhombre. Su condición de militar apuesto y valiente se evidencia en un episodio que relata el P. Leturia. Un día le acorralaron en plena calle —quizás en la del Carmen— unos cuantos pamploneses. Iñigo, ni corto ni perezoso, "echó mano a la espada y dió tras ellos una calle abajo, que si no hubiera quien le detuviera, o matara a alguno de ellos o lo mataran" (2). Opina el P. Leturia que en Navarra es donde Iñigo sintió ensueños de aspirar con sus proezas a la mano de una dama de sangre real, que pudo ser la Infanta Catalina a la que conoció en Valladolid, en ocasión en que pudo ser arrancada de su madre doña Juana la Loca y traerla para su presentación en la corte. Pero el hecho trascendental de Iñigo, en Pamplona, decisivo en su vida, fué la defensa heroica de la fortaleza contra la arrolladora acometida de las tropas de Enrique de Albret, que el P. Leturia ilustra con nuevos, interesantes y copiosos detalles. La situación de Pamplona era gravísima: defenderla, contra los franceses, equivalía al rotundo fracaso. Nájera y Guipúzcoa, los dos refuerzos en los que se confiaba, era necesario descartarlos, por la complicación surgida con la sublevación de los Comuneros. En Pamplona, hasta los beamonteses se iban con Enrique de Albret. El Virrey, desesperado, marchose a Segovia en busca de refuerzos, después de proveer la ciudad con 19 cañones grandes y muchos pequeños, con coseletes, ballestas, víveres y municiones. Pamplona quedó guarnecida con mil mili-

(1) "El Gentilhombre Iñigo López de Loyola" por el P. Pedro Leturia. 1941. Editorial Labor. Colección "Pro Ecclesia et Patria" n.º 20. 283 págs. con 16 láminas.

(2) Scripta I. pág. 566.

danos al mando de don Frances de Beaumont, hermano del Conde de Lerín. A Iñigo le encargó cuidarse de traer refuerzos de Guipúzcoa. La irrupción francesa acaece del 14 al 20 de mayo de 1521, en los mismos días en que por el lado de Guipúzcoa, llegaban a marchas forzadas con refuerzos, Iñigo y su hermano don Martín, refuerzos que debían ser cuantiosos, pues el P. Nadal los llama "ejército" al mando de don Martín. Hace notar, sin embargo, el P. Leturia que la gente armada que traía don Martín era de una leva de Oyarzun. El grueso del ejército no llegó a tiempo a Pamplona y después de conquistada por los franceses, marchó hacia La Guardia y Logroño, al frente de un hijo del Duque de Nájera. Cuando los Loyola llegan a la ciudad, ésta se halla dividida en el pleito bizantino de si el mando compete al Concejo, en ausencia del Virrey, o al jefe de los milicianos. Pretenden los Loyola ser los dueños, puesto que se comprometían a defender Pamplona y entonces, los litigantes coinciden en negarles el mando. El hermano de Iñigo, molesto por la negativa de unos y otros, abandona la ciudad con sus hombres. Llega la hora culminante de Iñigo. No se va con su hermano: su pundonor, su cargo, su disciplina militar, su ansia de gloria, impulsada por su amor, obliganle a quedarse y con él se quedan, dispuestos a todo, un grupo de valientes guipuzcoanos que se dirigieron a la ciudadela, al galopar estruendoso de los caballos, mientras por el repecho de San Fermín. la turba se amotinaba para desvalijar el palacio del Virrey. Necesitábase temple de héroe para no desistir de la

defensa. Pamplona, en su mayor parte, había bajado al vecino pueblo de Villava a recibir al ejército francés. Y ese temple no lo tuvo el alcaide Herrera ni su Estado mayor de capitanes, solos, en el castillo pues todos pretendieron rendirse. Unicamente Iñigo "dió tantas razones —son palabras suyas treinta y dos años más tarde— al alcaide que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros..." En el ataque, peligraba la ciudad, porque si los sitiados habían de responder a los disparos de los sitiadores que podían atacarlos desde el interior de Pamplona, peligraban los edificios de la ciudad. El Concejo que se disponía a bajar a Villava para estipular la capitulación, rogó a los sitiados que no disparasen sobre la ciudad porque lograría de los franceses que no atacasen la ciudadela desde el interior, pero el General francés no se avino a esta demanda.

El día 20 se emplazaba frente a los muros la más potente artillería de Europa. Andrés de Foix entraba con el grueso de sus fuerzas en Pamplona, entre aclamaciones jubilosas. Parece cierto que se entablaron negociaciones con los sitiados: los PP. Araoz y Polanco, de la intimidad de San Ignacio, consignan que intervino Asparros en estas conferencias y que propuso un acuerdo del que sólo se sabe que a Iñigo —dice Polanco— le pareció "vergonzoso". Inevitable el choque, inminente el peligro, Iñigo a falta de confesor en aquel momento, confiesa sus pecados a un compañero, según práctica de la Edad Media. Seis horas duró el bombardeo, según declara el testigo presencial Miguel de Acuña. A las seis horas, cae parte de un muro de la fortaleza. Escribe Polanco: "y perseverando él (Iñigo) todavía en hacer su deber en tanto podía, vino un tiro que cogió de lleno en una pierna y se la quebró en muchas partes y en la otra le hizo también daño en la carne, pero no le quebró el hueso". Fué la pierna derecha la que rompió la bombardia; la izquierda quedó herida del golpe de una piedra del muro (así, al menos, desde la historia de Ribadeneira). Rindióse la fortaleza y los franceses recogieron y cui-

daron a Iñigo. En "Monumenta Ignatiana" se dice que a los 14 ó 15 días, los franceses "lo llevaron en una litera a su tierra" (1). El P. Leturia no da por cierto este viaje en compañía de los franceses. En otras alusiones del "Monumenta histórica" se emplea, generalmente, el verbo "lo embiaron". Sin embargo, José de Arceche en su reciente biografía del Santo (2) dice: "Del relato autobiográfico se deduce que fueron soldados franceses exclusivamente los que le trasladaron de Pamplona a su casa natal". Se habla de que le llevaron en litera y también a hombros: el extremo no está demasiado claro. El P. Leturia en su obra ha utilizado muchas fuentes inéditas e innumerables impresas. Con un criterio de la más fina ponderación, aduce textos, los confronta y enriquece, así, el relato con auténtica garantía documental y con un vivo colorido que lo hace en extremo interesante.—E. E.

Navarra ante el Cisma de Occidente

El Seminario de Vitoria comienza la serie de sus publicaciones con una que interesa grandemente a la historia de Navarra. Es el estudio de don José Zunzunegui sobre el tema que encabeza estas líneas y que le ha servido de tesis doctoral en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma (3).

Conocidos son los incidentes ocurridos en Roma con ocasión de la elección de nuevo Pontífice a la muerte de Gregorio XI, el año 1378. Fué elegido Papa Urbano VI; una parte del Colegio Cardenalicio, alegando falta de libertad en la elección por los tumultos a que se entregó el pueblo romano, eligió más tarde a Clemente VII, que fijó su sede en Aviñón. La Iglesia Católica se dividió en dos obediencias; los fieles no sabían que partido tomar. Mas que un Cisma, es decir, un apartamiento del Pontífice legítimo, había una duda sobre cuál de los dos pretendientes era el legítimo. El reconocimiento de la pureza de la elección llevaba aparejada la adhesión a su autoridad. Pero más decisiva que la opinión de los fieles era la actitud de los reyes, que en la organización medieval suponía la incorporación de todo el reino a aquella obediencia.

De la actitud del reino de Navarra ante este magno problema que preocupó a la cristiandad por espacio de cuarenta años, se había escrito poco y las opiniones no andaban acordes. El señor Zunzunegui dedica la primera parte de su estudio a dilucidar esta cuestión.

Ocupaba entonces el trono de Navarra Carlos II, que en su agitada política internacional acababa de sufrir un grave revés con Castilla que le impuso el tratado de Briones (31 marzo 1379) por el que se comprometía a variar su política de alianzas, es decir, a ser amigo del rey de Francia y enemigo del, de Inglaterra, y como prenda del cumplimiento de esta promesa, entregaría en un plazo de 20 días gran número de las mejores fortalezas del reirio.

(1) Tomo I, p. 38.

(2) San Ignacio de Loyola". biografía: por José de Arceche Prólogo del P. Leturia. 1941. Herder Barcelona.

(3) El Reino de Navarra y su Obispado de Pamplona durante la primera época del Cisma de Occidente. Pontificado de Clemente VII de Aviñón (1378-1394).— San Sebastián, 1942. 388 páginas. (Victoria. Publicaciones del Seminario de Vitoria. Vol. I).

Los eclesiásticos navarros que estaban en Roma y el mismo obispo de Pamplona, don Martín de Zalba, a la sazón en Italia también, se inclinaron **desde un principio** por Clemente VIII, a pesar de la gran amistad que hasta entonces había habido entre el obispo y Urbano VI. Carlos II mantuvo una actitud más cauta, y aun parece que en un principio se inclinaba hacia Urbano VI, por seguir en esto la opinión contraria a su rival el rey de Francia. Pero con la llegada del obispo de Pamplona, decidido partidario de Clemente VII, y que tan gran papel jugó en la Asamblea de Medina del Campo, y con la paz firmada con Castilla que comprometía a Navarra a seguir a aquel reino en sus alianzas y enemistades, el ánimo de Carlos, o al menos su conducta, se fué inclinando más y más al bando del Papa de Aviñón.

Pero se resistía el rey a tomar una posición clara en este asunto por la necesidad que tenía de entenderse con los reyes que no seguían la obediencia de Aviñón. La llegada del primogénito, futuro Carlos III (Dic. 1381) que había estado en Francia en rehenes, inclinaba también la partida hacia el Papa de Aviñón. Sin embargo el rey no se decidió oficialmente por ninguno de los dos papas: la llegada de legados de una y otra Potestad, las insistentes visitas y apremios del Cardenal de Aragón, don Pedro de Luna, tan querido en Navarra y el interés del prelado de Pamplona no bastaron para quebrantar esta actitud ambigua del monarca. El 1.º de Enero de 1387 moría Carlos II sin haber hecho una declaración oficial sobre el particular.

La actitud de Carlos el Noble fué completamente opuesta a la de su padre. Si la de éste fué astuta y tortuosa en todas sus relaciones internacionales, la de aquél fué clara y rectilínea: acuerdo con Castilla y Francia, y adhesión inmediata al Papa de Aviñón. Una de sus primeras preocupaciones fué enviar al maestro en Teología Fr. Gil de Murillo ante el Papa Clemente VII con encargo de presentarle sus respetos y hablarle de "ciertas cosas que grandement tocan al Seynor Rey". El Papa le contestó inmediatamente felicitándole de su elevación al trono real. Por causas diversas no pudo celebrarse la solemne coronación del rey hasta el 13 de febrero de 1390 a la cual tenía que preceder la declaración de obediencia al Papa, que tuvo lugar el domingo anterior, día 6. El sermón pronunciado en esta ocasión por el Cardenal don Pedro de Luna es una pieza de singular interés por más de un concepto. Poco después Clemente VII premiaba los desvelos del Obispo de Pamplona don Martín de Zalba otorgándole la púrpura cardenalicia.

No podemos seguir analizando con el mismo detalle todas las partes de que consta esta interesantísima monografía. El señor Zunzunegui se ocupa en ella del estado de la diócesis de Pamplona durante el pontificado de Clemente VII (autoridades diocesanas, ejercicio de la jurisdicción ordinaria, intervención de la Curia pontificia) y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en este período. Todo ello es fruto de una paciente y laboriosa investigación en los Archivos Vaticanos, Catedral de Pamplona y General de Navarra, y ha dado como resultado un trabajo de una riqueza y seguridad de información como no estamos acostumbrados a ver en las publicaciones de historia de este antiguo reino. Pues el libro da de sí mucho más de lo que pudiera prometerse por el título: la historia civil y eclesiástica, el estado político y económico del reino (con algún gráfico sobre el valor del florín por aquellos años) y un apéndice de cuarenta y cuatro documentos justificativos.

Una observación le haríamos **sobre** el modo de **transcribir los nombres navarros** de lugar: cuando las citas no son textuales conviene adoptar la forma actual para no dar lugar a lecturas dobles, Estuñiga, Aztuñiga (por Zúñiga), o más o menos deformadas: Ororivia (Ororbia), Huart (Huarte), Egiart (Eguiar-te), Luquiain (Luquin), Urviela (Urbiola), Zuvelque (Zubielqui), etc. En cambio españoliza erróneamente (p. 67) al obispo don Pedro de Roda, en Pedro de *Andueza* por Pedro de *Andouque*.

La publicación honra al Seminario de Vitoria y es un avance de las magníficas empresas culturales a que sabemos está entregado. Al autor le acredita como investigador concienzudo de nuestra historia medieval.

JOSÉ M.^a LACARRA.

BURGO (Jaime del) "El Valle perdido" novela. Ilustraciones de G. Rodríguez Iriarte. Editorial Navarra. Pamplona, 1942. 279 páginas.

EZA (Vizconde de) "El concepto de Hispanidad". Conferencia dada a la Juventud Antoniana en la Residencia Franciscana de San Fermín de los Navarros, el día 15 de febrero de 1942. Madrid. C. Bermejo impresor, 23 páginas.

GÓMEZ MORENO (Manuel) "La urna de Santo Domingo de Silos". ("Archivo Español de Arte". 1941, núm. 48, pág. 493-502).

Estudia el llamado frontal de Silos que se guarda en el Museo Arqueológico de Burgos y el conservado todavía en aquel Monasterio, llegando a la conclusión de que ambas piezas han formado parte de un mismo monumento que era el arca funeraria de Santo Domingo de Silos. La supone obra de artista español de mediados del siglo XII, aunque la técnica del esmalte haya podido venir del Rin. Todo es anterior a la buca obra de Limoges. En la misma serie aunque algo posterior entra nuestro retablo de San Miguel in Excelsis. Son novedades suyas el adorno de columnillas y chapiteles, fondos con arabescos, guarniciones y aun algunas figuras, como supervivencias evidentes de la delantera de la urna de Silos. También parece indicio de bizantinismo leerse, en el rótulo del ángel de su Tetramorfos el nombre del Evangelista Mateo, poco deformado, allí donde se quiso descubrir nada menos que una fecha. Resulta esto de San Miguel un elemento de enlace con lo lemosino; es cambio los restos del retablo de la Catedral de Orense son obra de Limoges. perfectamente documentada por

sus analogías, rasgos cíficos especialmente, con el ciborio de Montmajour firmado por Alpais.

LASTERRA (Crisanto) "El sentido clásico en el Greco, seguido de El Milagro de las Formas" — Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1942. 139 páginas con láminas. Precio 10 ptas.

MADOZ, S. J. (José) "La Iglesia de Jesucristo" (Fuentes y documentos para el estudio de su constitución e historia). Dédalo, Madrid, 1935. Colección Enquiridions. 282 páginas.

SCHURHAMMER S. J. (Jorge) "Vida popular en estampas de San Francisco Javier". 24 ilustraciones de R. E. Kepler.— Editorial "El Siglo de las Misiones". Bilbao. 51 páginas.

TARRE (José) "Códices lulianos de la Biblioteca Nacional de París". ("Analecta Sacra Tarraconensia", vol. XIV, 1941, pg. 155).

Describe, entre otros el ms. Lat. 15450 que contiene diversas obras de Lulio; perteneció antes a la Biblioteca de la Sorbona, por donación de Tomás Le Miesier, canónigo de Arras, fallecido en sept. de 1336. Al texto de Lulio el compilador añadió, además, el tratado De probationes fidei christiane per auctoritas paganorum, escrito por Juan de París (Jean Quidort), dominico, amore regine Navarra (Juana de Navarra, hija de Enrique I y esposa del rey Felipe el hermoso, 1305). La compilación se hizo para ofrecérsela a Juana de Evreux, mujer de Carlos el Calvo (el Hermoso le llaman en Francia), reyes de Francia y de Navarra. Se terminó en 1325.

Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens, "Spanische Forschungen des Gorresgesellschaft", vol. VIII, prep. por H. FINKE en colaboración con E. EICHMANN y M. HONECKE, publicado por J. VINCKE. Münster i. Westf., Aschendorff 1940, VIII. 412 págs. y 6 láminas.

Contiene, entre otros, un artículo del Dr. Seidlmayer sobre los "Libri de Schismate", cuya redacción se debe al Cardenal D. Martín de Zalba, obispo de Pamplona, y cuyo contenido se describe minuciosamente.

ZAPELENA S. I. (Timotheus) "De Ecclesia Christi".—Pars apologetica-Romae, Apud oedes Universitatis Gregoriana. 1940. 433 páginas.